

¿Llamado a
PREDICAR?

Considerando la comisión de Dios para tu vida

Dr. John R. Sittema

Traductor : Manuel Bento

© Mid-America Reformed Seminary
1989, 1999, 2010

ISBN-13: 978-0-9621-1465-6

ISBN-10: 0-9621146-5-0

Primera edición, 1989
Segunda edición, revisada 1999
Tercera edición, revisada 2010

Todos los pasajes de la Escritura han sido citados de la Nueva Versión Internacional, a menos que se indique lo contrario.

Mid-America Reformed Seminary
229 Seminary Drive
Dyer, IN 46311

teléfono: 219.864.2400

fax: 219.864.2410

gratuito en E.E.U.U: 888.440.6277

info@midamerica.edu

<http://www.midamerica.edu>

Contenido

Introducción	5
Predicar: ¿Por qué es tan importante?	7
La predicación en el Antiguo Testamento.....	7
La predicación en el ministerio de Jesús.....	10
La predicación y los apóstoles	11
La predicación y la iglesia actual	12
La insignia de la ordenación	15
La unción en el Antiguo Testamento	17
La unción en el Nuevo Testamento	18
¿Estás llamado a predicar?.....	21
La idea del «llamado»	21
¿Qué dice la Biblia?.....	22
Educación en el seminario: ¿Cómo y por qué?.....	27

Introducción

Siento compasión por los jóvenes que se debaten en dudas sobre si están o no llamados al ministerio del evangelio. La experiencia es agonizante y puede producir tormento emocional, o convertirse en una oportunidad para que los amigos más cercanos (que saben demasiado bien que eres un pecador), te hagan dudar de tu cordura o cuestionen tu integridad. También puede hacer que tu esposa o novia se plantee en dónde se está metiendo.

¿Cómo puedes saber si has sido llamado? Es una pregunta difícil. Puedo recordar con bastante claridad a un mentor espiritual que trató de convencerme de que *no* me convirtiera en pastor, creyendo que, si podía disuadirme, era porque no había sido «llamado» realmente. También conozco a otros que han sido alentados, invitados, e incluso presionados al ministerio en contra de sus deseos. Tengo un conocido al que, desde que puede recordar, los miembros de su familia le dijeron que estaba destinado para grandes cosas en el ministerio, siguiendo los pasos de su padre y de su abuelo (quienes habían sido predicadores y escritores bien conocidos). Estaba atrapado. Quebrantado, abandonó el ministerio solo un par de años después del seminario, incapaz de soportar las presiones, en gran parte por las abrumadoras dudas acerca de su llamado.

Aunque es complicado remediar los problemas de aquellos pastores que ya están en él, un poco de «reflexión preventiva» sí puede ayudar a los que están considerando entrar al ministerio del evangelio. He escrito este ensayo para cualquiera que se esté haciendo preguntas como las siguientes:

- ¿Qué significa ser «llamado»?
- ¿Por qué tengo que ordenarme? Ya estoy sirviendo con efectividad como laico; ¿acaso no es válido ese servicio?

- Me pongo nervioso cuando oro en el estudio bíblico de hombres; me entran sudores fríos haciendo un discurso informativo de cinco minutos. No sé si sería capaz de predicar un sermón.
- Quiero convertirme en un pastor ordinario, no en un profesor de teología. ¿Por qué tengo que asistir durante años al seminario y aprender griego y hebreo?

Obviamente, esta lista no cubre todas las posibles preguntas, pero puedes hacerte una idea. Espero ayudarte a sortear los obstáculos y mantener un enfoque claro en los importantes asuntos que tendrás que afrontar al considerar si Dios te ha llamado al ministerio del evangelio.

He dividido el ensayo en cuatro áreas: la prioridad de la predicación, el significado de la ordenación, el «llamado» al ministerio, y la forma de la educación en el seminario. En cada caso, recorreremos los distintos temas usando la Escritura como guía de nuestro entendimiento y como norma de nuestra práctica.

Predicar: ¿Por qué es tan importante?

Según lees este ensayo, puede que te hagas preguntas acerca de mi énfasis en la predicación como ministerio central del evangelio. Al fin y al cabo, en el ministerio existen muchas dimensiones que incluyen el ministerio a los jóvenes, el ministerio educativo y otras cosas parecidas. Mi énfasis en la predicación te sonará extraño si perteneces a una iglesia cuya adoración es extensa en liturgia, pero corta en sus sermones; o si escuchas predicaciones que son solamente largas (aunque cortas en calidad bíblica), o si tu experiencia es que la predicación es solo una charla religiosa agradable –que está bien, pero no es necesaria. Desde el principio has de saber que creo que la predicación es el corazón del ministerio. Espero que adoptes esa visión mientras lees estas páginas porque creo que la Biblia enseña que no existe tarea asignada a la iglesia del Nuevo Testamento y a sus pastores que sea más apremiante que la de predicar el evangelio. Si se pierde esto, se pierde de vista el carácter de la iglesia, la clave para el evangelismo, y, finalmente ¡los medios mismos de salvación!

Veamos juntos la visión que tiene la Escritura acerca de la predicación.

La predicación en el Antiguo Testamento

La predicación, tal y como la conocemos en la iglesia del Nuevo Testamento, tuvo sus raíces en el trabajo de los profetas del Antiguo Pacto. Un predicador debería sentir escalofríos ante el clamor de exaltación de Isaías 52:7:

¡Qué hermosos son, sobre los montes, los pies del que trae buenas nuevas; del que proclama la paz, del que anuncia buenas noticias, del que proclama la salvación, del que dice a Sión: «Tu Dios reina»!

Está claro que el profeta no está hablando de pies que han recibido una buena pedicura y están libres de granos, juanetes, callos, o dedos machacados y ensangrentados. Está hablando de predicar, de los maravillosos pies del mensajero que lleva la Palabra del Señor a su pueblo. En el Antiguo Testamento, la predicación se asemejaba de manera formal al sonido del *shofar*, el cuerno de carnero. Era un *anuncio* que proclamaba la verdad de que Dios estaba activo, de que Dios es Rey. Y dado que es rey, tiene el derecho real de pedir que se le rinda el corazón y la vida.

Así es como el Antiguo Testamento retrata a los profetas: como heraldos de la Palabra del Señor. Al ser mensajeros oficiales del Rey Todopoderoso, la palabra que llevan trae vida a todos aquellos que la reciben en fe, pero juicio y maldición a todos los que la rechazan. Escucha lo que Dios dice en Deuteronomio 18:18–19:

Por eso levantaré entre sus hermanos un profeta como tú; pondré mis palabras en su boca, y él les dirá todo lo que yo le mande. Si alguien no presta oído a las palabras que el profeta proclame en mi nombre, yo mismo le pediré cuentas.

No hay personificación más clara de esta descripción del profeta como portador de la Palabra de vida o muerte de Dios, que la del ministerio de Eliseo. En 2 Reyes 2:19–25, después de narrarse la transferencia del manto de Elías a Eliseo (que simboliza la comisión al oficio profético), el autor inspirado describe los dos primeros episodios en el ministerio de Eliseo. El primero, la sanación del agua de Jericó certifica a Eliseo como portador del pacto de vida. El segundo, la maldición de los jóvenes de Betel lo autentifica como portador de maldición pactual. Dios identifica su palabra dadora de vida de manera tan estrecha con este profeta, ¡que los huesos secos

de Eliseo renuevan la vida de un cadáver arrojado apresuradamente a la tumba del profeta (2 Reyes 13:20–21)!

El libro de Jonás elabora el mismo punto. En él nos encontramos con un profeta que no será recordado por su entusiasmo, pero que entendía muy bien el poder de la palabra profética para dar vida. Habiendo recibido el mandato del Señor de ir a Nínive (la ciudad capital del temible enemigo de Israel) y «predicar contra ella», Jonás huye. Después de que Nínive se arrepiente, Jonás explica por qué no había querido predicar al principio:

¡Oh Señor! ¿No era esto lo que yo decía cuando todavía estaba en mi tierra? Por eso me anticipé a huir a Tarsis, pues bien sabía que tú eres un Dios bondadoso y compasivo, lento para la ira y lleno de amor.... (4:2)

Jonás sabía que la palabra de Dios podía dar vida incluso a los enemigos que un hombre tiene. ¡El problema era que él no quería que los enemigos de Israel viviesen!

Un ejemplo más. En Ezequiel 37 leemos cómo el Espíritu del Señor transporta al profeta Ezequiel al valle de los huesos secos. Allí, Dios le asigna una tarea surrealista:

«Profetiza sobre estos huesos, y diles: “¡Huesos secos, escuchen la palabra del Señor!” ... Yo profeticé, tal como el Señor me lo había ordenado, y el aliento de vida entró en ellos; entonces los huesos revivieron... (vv. 4, 10)

¿Qué es lo que se pretende expresar? ¡Que la predicación de la Palabra es el aliento de vida!

Resumiendo, durante el Antiguo Testamento, la predicación recibía el nombre de profecía. Era asunto de vida o muerte: Cuando se escuchaba al profeta portador de la palabra, la vida y la bendición venían detrás; cuando era rechazado, el resultado era la alienación y la muerte. Y no nos equivoquemos, la Palabra de Dios nunca falla.

Así como la lluvia y la nieve hacen que la tierra brote y florezca, la palabra que sale de la boca de Dios:

No volverá a mí vacía, sino que hará lo que yo deseo y cumplirá con mis propósitos. (Is 55:11).

La predicación en el ministerio de Jesús

Cuando miramos los Evangelios, la predicación cobra aún más importancia. Continuando donde lo dejó el Antiguo Testamento, la predicación es tan crucial para el ministerio de Jesús que Mateo 4:17 describe este ministerio diciendo simplemente: «Comenzó Jesús a predicar: “Arrepiéntanse, porque el reino de los cielos está cerca”». Jesús se refirió a su comisión de forma similar: «Vámonos de aquí a otras aldeas cercanas donde también pueda predicar; para esto he venido» (Marcos 1:38). Cuando Jesús predicaba, el pueblo quedaba electrificado. No era porque se vieran intimidados por otro líder religioso. Las calles estaban llenas de escribas, fariseos y maestros de la ley; era algo rutinario. No, este hombre era diferente; ¡nunca habían escuchado una predicación y enseñanza así!

Todos se quedaron tan asustados que se preguntaban unos a otros: «¿Qué es esto? ¡Una enseñanza nueva, pues lo hace con autoridad! Les da órdenes incluso a los espíritus malignos, y le obedecen». (Marcos 1:27).

La gente sabía que Jesús se estaba presentando como el profeta prometido en Deuteronomio 18. Era muy impactante. De forma tan conclusiva como el Antiguo Testamento, su palabra demostraba su trascendental poder: echaba fuera demonios, sanaba a los enfermos, resucitaba a los muertos. Todo por el poder de su palabra, todo para anunciar la llegada de su reino, todo para declarar que:

El reino del mundo ha pasado a ser de nuestro Señor y de su Cristo, y él reinará por los siglos de los siglos» (Ap 11:15b).

La predicación y los apóstoles

La urgencia de la predicación es de vida o muerte, y no termina con el ministerio terrenal de Jesús, sino que también moviliza a su iglesia. En Lucas 9:1–2 podemos leer que Jesús dio a los doce «poder y autoridad... Entonces los envió a predicar el reino de Dios y a sanar a los enfermos». Luego, en Lucas 10, un grupo más amplio de setenta y dos es enviado a todo pueblo y lugar con un recordatorio inspirador: «El que los escucha a ustedes, me escucha a mí; el que los rechaza a ustedes, me rechaza a mí; y el que me rechaza a mí, rechaza al que me envió» (v. 16). La predicación cubre la tierra con el evangelio en el poder del Espíritu, del mismo modo que las ondas cruzan un lago una tras otra al arrojarse una piedra en su centro.

Después de su resurrección, e inmediatamente antes de su ascensión y el posterior derramamiento del Espíritu Santo en Pentecostés, Jesús explica su plan redentor:

Esto es lo que está escrito: que el Cristo padecerá y resucitará al tercer día, y en su nombre se predicarán el arrepentimiento y el perdón de pecados a todas las naciones, comenzando por Jerusalén. Ustedes son testigos de estas cosas.

(Lucas 24:46–48).

En estos versículos tenemos una breve descripción de la ofensiva estratégica de Dios: primero, Cristo sufrió *humillación* al morir en la Pascua y fue enterrado el día de los panes sin levadura; luego, Cristo resucitó en *exaltación* como último Adán, abriendo el amanecer de un nuevo mundo el día de las primicias; finalmente, Cristo extiende su programa redentor por medio de la *predicación* de la iglesia, que recibe poder del Espíritu, celebrando la fiesta de

las trompetas, trayendo el día de la expiación sobre todo aquel que escuche y crea, inhabitando en su pueblo como nuevo Templo del Espíritu. Él llama «testigos» a sus discípulos (Hechos 1:8): Esta palabra no solo los describe, sino que también los comisiona. Con el poder del Espíritu, predicán con el propósito de continuar su plan redentor. La predicación del evangelio, bien entendida, es el *método* de Dios para cumplir *la misión* de enderezar todo lo que el pecado ha torcido. Es la forma en que Dios reconcilia «todas las cosas» con Él por medio de su Hijo (Ef 1:10; Col 1:20).

Esa es la historia del libro de Hechos. Los apóstoles van a «Jerusalén... toda Judea y Samaria, y hasta los confines de la tierra», predicando en todas las lenguas de los pueblos, llevando salvación a todo el que se arrepiente y cree (1:8).

Pablo, al escribir a los romanos, reflexiona sobre el papel de la predicación en el plan redentor de Dios. Predicar no solo consiste en hablar *acerca de* Cristo, ¡sino que se puede decir que *salva!* «No me avergüenzo del evangelio, pues es poder de Dios para la salvación de todos los que creen...» (1:16). Después, en la misma carta, lo desarrolla:

¿Cómo, pues, invocarán a aquel en el cual no han creído? ¿Y cómo creerán en aquel de quien no han oído? ¿Y cómo oirán sin haber quien les predique?... Así que la fe es por el oír, y el oír, por la palabra de Dios (Ro 10:14–15,17)

La predicación y la iglesia actual

En la última sección comparé la predicación de Cristo, a los discípulos y a la iglesia con las ondas concéntricas que se producen al tirar una piedra a un estanque. La primera onda fue la predicación de Cristo mismo, registrada en los evangelios. Hechos describe la segunda onda: el ministerio de los apóstoles. Cada onda era mayor que la primera conforme la iglesia hacía obras «mayores» que el mismo Jesús (según su promesa en Juan 14:12).

Cuando leemos las instrucciones de Pablo al joven pastor Timoteo, obtenemos cierta impresión de la fuerza que el evangelio produce. Pablo le ordena: «En presencia de Dios y de Cristo Jesús... te doy este solemne encargo: Predica la Palabra» (2Ti 4:1-2). Este encargo muestra la estrecha conexión entre la predicación y la Biblia. Hoy como entonces, la *forma* en que Dios trabajará en la redención del evangelio es la de la palabra de Dios.

Pedro, como Pablo, entiende este misterioso poder. Es audaz a la hora de afirmar que la regeneración (ser «nacido de nuevo») es una función de la palabra de Dios que, de una vez más, se asocia con la predicación:

Pues ustedes han nacido de nuevo, no de simiente percedera, sino de simiente imperecedera, mediante la palabra de Dios...Y esta es la palabra del evangelio que se les ha anunciado a ustedes. (1Pedro 1:23, 25).

Antes de terminar esta sección debo observar que predicar, tal y como se entiende bíblicamente, es mucho más que el «sermón» formal de los domingos por la mañana. El sermón ha tomado en algunas iglesias el carácter de una lección teológica o de una clase adulta de discipulado, y en otras, de una charla inspiradora. En la Biblia, la predicación siempre tenía el carácter de un «anuncio real», algo que se había de proclamar en público *porque el Rey ha venido*. Desde luego, estas declaraciones reales suponen reuniones semanales de adoración, ya que el rey ciertamente reclama a un pueblo para sí mismo. Sin embargo, la predicación como proclamación real también ha de tener lugar en entornos que no son de adoración, tales como la predicación de Pablo en el Aerópago de Atenas ilustran (Hechos 17:23).

Este breve repaso por la Escritura tiene un solo propósito: convencerte de que lo que Dios piensa de la predicación es mucho más importante que lo que piensa la gente. Para Dios, la predicación es algo muy importante, que lleva «el poder de Dios para salvación para todo aquel que cree». Como escribe Pablo:

Pues Cristo no me envió a bautizar, sino a predicar el evangelio...Me explico: El mensaje de la cruz es una locura para los que se pierden; en cambio, para los que se salvan, es decir, para nosotros, este mensaje es el poder de Dios. (1Co 1:17-18).

Si llegas a la conclusión de que estás llamado a predicar, es bueno que te emociones. Pero tiembla también. Lo que predicarás es poderoso.

Porque para Dios nosotros somos el aroma de Cristo entre los que se salvan y entre los que se pierden. Para estos somos olor de muerte que los lleva a la muerte; para aquellos, olor de vida que los lleva a la vida. ¿Y quién es competente para semejante tarea? (2Co 2:15-16).

Ciertamente, ¿quién?

La insignia de la ordenación

Al leer acerca de los propósitos redentores y la importancia de la predicación, puede que te veas tentado a responder con cierta indignación: «¡Ey, el creyente común también es importante! ¡No es necesario ser predicador para servir al Señor!»

Eso es indiscutible. De hecho, una de las cosas más gratificantes que se han podido observar últimamente en la comunidad cristiana, es un creciente compromiso con la idea del «oficio de todo creyente». Esto significa que todo cristiano está llamado a seguir a Cristo viviendo su fe, en todas sus facetas, en servicio a Dios. Muchos cristianos que crecieron creyendo que existía un gran abismo que separaba lo sagrado de lo secular y el clero de los laicos, ahora entienden que todo el pueblo de Dios, y no solo unos pocos elegidos, recibe dones espirituales para usarlos al servicio del Señor. Entienden que toda la vida, no solo la iglesia, es un campo para el servicio del Rey de reyes. Las palabras de la pregunta y respuesta 32 del Catecismo de Heidelberg (uno de los credos más apreciados de la Reforma), son ricas, importantes, y claras:

P: ¿Por qué te llaman «cristiano»?

R: Porque por la fe soy un miembro de Cristo y de ese modo participante de su unción, a fin de que yo también confiese su Nombre, me ofrezca a mí mismo en sacrificio vivo de gratitud a Él, y con una consciencia libre pueda luchar en contra del pecado y el diablo en esta vida, y finalmente, para que después de esta vida reine con Él eternamente sobre todas las criaturas.

Afirmar el oficio de todo creyente no evita que hagamos lo mismo con el llamado y mandato que Dios ha dado al trabajo de pastor o predicador en la iglesia del Nuevo Testamento. Efesios 4:11–12 explica la relación que existe:

Él mismo [Cristo] constituyó a unos... pastores y maestros, *a fin de capacitar al pueblo de Dios para la obra de servicio*, para edificar el cuerpo de Cristo...

Una ilustración ayudará a esclarecerlo. Las personas que crecieron a mediados del siglo pasado pueden recordar al policía de barrio, el «poli patrullero». En aquellos días no se escuchaba hablar mucho de brutalidad policial o corrupción (aunque seguramente existía); la sociedad tampoco era tan móvil y peligrosa como para que la policía necesitara coches blindados (escudos con láminas de metal para los gladiadores de las calles de hoy). En aquel entonces, los policías eran visibles, bien conocidos en la vecindad que patrullaban, amigos en los que se podía confiar. Los niños se juntaban en la esquina, alrededor del policía, hipnotizados por la pistola que llevaba en la funda de cuero, impresionados con la insignia brillante en el bolsillo de su pecho.

Muchos de nosotros crecimos viendo al policía de pie, en medio de una intersección atestada, dirigiendo el tráfico. Aparentemente impasible a los peligros de que un automóvil se desviara o fallaran los frenos, se mantenía en su posición, dirigiendo con movimientos de absoluta autoridad. ¡Leonard Bernstein no lo hubiera hecho mejor en la filarmónica! Rara vez se veía desafiada su autoridad; y cuando lo era, una mirada de acero devolvía el temor a la ley al corazón del conductor.

Pero cuando crecimos, la intriga decayó. Aprendimos a conducir, dominamos las reglas de la carretera, y descubrimos que dirigir el tráfico en una intersección no era tan complicado como la neurocirugía, por ejemplo. Para ser francos, todos creímos en algún momento que cualquier ciudadano ordinario podría haber hecho el trabajo tan bien como el oficial.

Solo existía una diferencia. Él tenía una insignia y nosotros no. Pero eso suponía toda la diferencia del mundo. La insignia le daba autoridad. Ella, y la comisión que representaba, le daba el deber y el derecho de hacer cumplir la ley, de poner orden en medio del caos de la ciudad. Era su sello de ordenación.

Esta es la misma idea que opera en la Escritura con respecto al oficio del predicador.

La unción en el Antiguo Testamento

Al principio de su vida como nación del pacto, Dios apartó en Israel a ciertas personas y objetos para un servicio especial. En Éxodo 30, entre las instrucciones para fabricar los utensilios del tabernáculo, Dios dio una receta para el «aceite de la santa unción». Dice:

Con él unguirás el tabernáculo de reunión, el arca del testimonio, la mesa con todos sus utensilios, el candelero con todos sus utensilios, el altar del incienso, el altar del holocausto con todos sus utensilios... Así los consagrarás, y serán cosas santísimas; todo lo que tocare en ellos, será santificado. Ungirás también a Aarón y a sus hijos, y los consagrarás para que sean mis sacerdotes. (Ex 30:26–30).

Está claro que la consagración para este servicio especial no implicaba que a Dios solo le importaran estos utensilios y personas, ni que esperase un servicio menos amoroso y obediente del resto de su pueblo. El caso más bien era el contrario. Estos utensilios y personas se «apartaban» para recordar, instruir y capacitar a toda la congregación de Israel a fin de que fueran «Santos... porque santo soy yo» (Lv 19:2).

En la historia de Israel, la unción se extendió después a los oficios de *rey* y *profeta*. En 1 Samuel 9:16 el Señor ordenó a Samuel unguir a Saúl como rey; en el 10:1 leemos que él ha de ser «príncipe sobre su pueblo» (RVR1960). ¡Algo ciertamente asombroso! Pero Saúl fracasó en su tarea, así que Dios ordenó a Samuel unguir a David.

Samuel tomó el cuerno de aceite y ungió al joven [David] en presencia de sus hermanos. Entonces el Espíritu del Señor vino con poder sobre David.

También los profetas eran ordenados a su oficio. Dios ordenó a Elías que ungiera a su sucesor Eliseo (1Reyes 19:16). No está claro si usó aceite o no lo hizo (supongo que sí, pero el texto no lo detalla); lo que está claro es que el manto o capa profética que usaba era una señal de la comisión especial delante de Dios y su pueblo. Como señal de consagración, la puso sobre los hombros de Eliseo (1Reyes 19:19). Cuando Elías fue llevado a la gloria, el manto cayó en manos de Eliseo (2Reyes 2:13ss) y sirvió como testimonio de la transferencia de la responsabilidad y autoridad de la ordenación. Eliseo llevaba ahora el manto de Elías, y por tanto también la palabra del Señor. Asistido por el Espíritu, ejercía autoridad profética. ¿Cuál era su tarea? Recordar al pueblo del Señor que *ellos* eran su posesión especial, llamados a vivir por su Palabra delante de su rostro.

En el Antiguo Testamento, la ordenación a un servicio especial no anulaba en modo alguno el oficio de cada creyente. Los oficios eran dados por Dios para capacitar la fe y el servicio de toda la comunidad de fe.

La unción en el Nuevo Testamento

El ministerio de Jesús no puede entenderse separado de la ordenación. Habló con frecuencia de haber sido enviado. Su bautismo fue el sello de su comisión: Jesús fue apartado por su Padre para cumplir «toda justicia» (Mt 3:15, RVR1960). Tal era su oficio.

Solo unos cuantos capítulos después, Jesús se maravilla de la fe del centurión en Capernaum (8:10), una fe que destaca porque ese hombre entiende la ordenación. Jesús tenía una posición especial como Aquel a quien Dios había autorizado, Aquel que posee la autoridad (*exousia* en griego) conferida del Padre, Aquel que

simplemente tiene que decir «una sola palabra, y mi siervo quedará sano». De hecho, la fe es justamente eso: reconocer que Jesús es «el Cristo», aquel enviado y ungido por Dios para cumplir el oficio especial del Mesías (véase 1 Juan 4:2-3). ¡Recibirle y creer en Él es entrar en comunión con su Padre!

En el primer capítulo vimos cómo Jesús comisionó a sus discípulos para que predicaran el evangelio. Ahora vemos que esta comisión a predicar implica el *oficio*. Es una comisión que viene cubierta con autoridad. En Mateo 10:1 leemos que Jesús «les dio autoridad». Mateo eligió bien las palabras para describir esta autoridad. Utilizó la palabra «*exousia*», que se refiere a una «autoridad concedida», a la autoridad para hablar o actuar en nombre de otro. Los discípulos debían expulsar demonios, sanar a los enfermos y resucitar a los muertos, explicando que el reino de Dios había llegado, y deben hacerlo en el nombre de Jesús (v. 1, 7-8). Ningún poder en la tierra podía detenerlos, ni siquiera los demonios o la muerte, porque hablan como lo hizo Jesús, con la autoridad de Dios mismo. Esa era la base de la Gran Comisión: «Se me ha dado toda autoridad en el cielo y en la tierra. Por lo tanto, vayan...» (Mt 28:18-19).

El apóstol Pablo, que fue llamado y comisionado por Dios en el camino a Damasco, es muy consciente de su ordenación. Aunque él no quiere «hacer uso de su rango» en la iglesia corintia, por ejemplo (2Co 10:8; 13:10), no dudará en hacerlo si es necesario, a fin de edificarlos en su fe. En su primera carta a los Tesalonicenses, defiende su oficio afirmando hablar como alguien a quien «Dios aprobó y le confió el evangelio» (2:4). También los elogia porque

al oír ustedes la palabra de Dios que les predicamos, la aceptaron no como palabra humana, sino como lo que realmente es, palabra de Dios, la cual actúa en ustedes los creyentes (2:13).

Siguiendo las instrucciones de Pablo, Timoteo, como pastor, también debe ser consciente de su ordenación. En la carta dirigida a él, Pablo asigna muchas obligaciones pastorales urgentes a este

joven, y todas ellas requieren una autoridad que el tímido Timoteo deber recordar. Por ejemplo, debe mandar y enseñar (1Ti 4:11), debe «reprender» a los pecadores públicamente (1Ti 5:20), debe «advertirles» (2Ti 2:14), debe «predicar... corregir, reprender, animar» (2Ti 4:2). Todo esto es posible solamente porque Pablo había ordenado a Timoteo a su oficio (2Ti 1:6), imponiendo sus propias manos sobre él como señal de la *exousia*.

* * * * *

Resumiendo, Dios llama a su iglesia a ser «linaje escogido, real sacerdocio, nación santa, pueblo que pertenece a Dios». Este llamado (que es dado a *todos* los miembros de Cristo) no anula que *algunos* sean asignados de forma especial para predicar la Palabra de Dios. Ese es el llamado de los pastores y predicadores de la iglesia de Cristo. Puede que sea el tuyo.

Veamos más de cerca el asunto del «llamado».

¿Estás llamado a predicar?

Puedes decir: «De acuerdo, entiendo que la predicación es algo más que simplemente hablar de lo que Dios hizo alguna vez, que es, de forma muy real, el medio poderoso y misterioso que Dios utiliza para redimir. Incluso aceptaré el hecho de que Dios llama a algunos a un oficio especial en su iglesia, a fin de equipar y ayudar a los creyentes a vivir para Jesús. Pero *¿cómo puedo saber si estoy llamado a predicar?*»

Es una pregunta justa. En este capítulo trataremos el tema del «llamado», examinaremos las formas en que se ha entendido en el pasado y en el presente, así como la forma en que las Escrituras querrían que lo viéramos.

La idea del «llamado»

Durante la historia de la iglesia cristiana, se han hecho populares distintas formas de entender el llamado al ministerio.

La idea católica romana surgió de la cosmovisión de la Europa medieval. La jerarquía de la iglesia creía ser la presencia de lo «sagrado» en un mundo «secular»; su clero eran los sacerdotes, que dispensaban «gracia» al pueblo, que vivía en el reino de la «naturaleza». Esta visión dividida de la vida percibía una diferencia de tipo y calidad entre el clero y los laicos. El clero poseía autoridad sobre los laicos (por lo general una autoridad espiritual, aunque a veces muy política —el Vaticano, por ejemplo, es un estado soberano, y a lo largo de la historia europea las luchas entre Papa y reyes implicaron derramar sangre a fin de poseer la autoridad política). Dentro de esta cosmovisión dualista, el «llamado» a un oficio de tal autoridad se veía como algo *externo*; es decir, se era llamado por la

iglesia a tener una carrera, y ella era la que confería la autoridad a través de la cadena jerárquica de mando.

En reacción a Roma, se desarrolló un entendimiento diferente. Esta visión aprecia el oficio de cada creyente, y toma cuidadosamente en cuenta las muchas variantes del ministerio dentro de la iglesia, enlazando el llamado solamente a los dones espirituales que se requieren para el ministerio.

Un tercer punto de vista, típico del fundamentalismo moderno, argumenta que no existe nada *externo* (ni la iglesia ni los dones) que juegue un papel significativo en el llamado de alguien al ministerio del evangelio. Todo lo que importa es el sentimiento *interno* de haber sido llamado. Si el Espíritu te mueve a predicar, ni la competencia académica, ni la formación en el seminario, ni la aprobación confesional son relevantes.

¿Qué dice la Biblia?

Cada una de las perspectivas sobre el llamado al ministerio del evangelio descritas anteriormente tiene algo que señalar: la iglesia «impone las manos» sobre un hombre, comisionándolo para el cargo. La persona debe mostrar ciertas habilidades y dones que lo capaciten para predicar y enseñar. Además, esa persona debe estar atrapada por una pasión a predicar guiada por el Espíritu. Pero ninguna de estas cosas es independiente. El imprimatur de la iglesia por sí mismo no convierte a alguien en predicador. Los dones por sí mismos no cualifican a un predicador; algunos de esos dones también podrían capacitar a alguien para vender aspiradoras. Además, la unción «interna» puede malinterpretarse; podría tratarse simplemente de amor por Cristo, no de un llamado al oficio. Para tener una imagen más completa, se requiere equilibrio bíblico. Encontramos ese equilibrio en la naturaleza del Dios trino, que llama a los hombres a su servicio.

Dios se revela a sí mismo como Padre, Hijo y Espíritu Santo. Cuando la iglesia confiesa que Dios es Padre, está confesando, entre otras cosas, su poder creativo. Esto significa que Dios el Padre dota de vida a toda la creación, llamándola a la existencia de acuerdo con su voluntad y plan soberanos. Él crea todas las cosas, haciendo al hombre «a su imagen» (Gn 1:26). Sin embargo, ser hechos a imagen de Dios no quiere decir que todos los seres humanos sean copias exactas. Cada uno es creado con capacidades individuales. Algunos tenemos un talento innato para la composición musical, y otros para la precisión matemática. Algunos son dotados con palabras, otros con sus manos. Algunos aprenden bien en la escuela, otros aprenden mejor por la experiencia. Algunos tienen corazones tiernos, y otros tienen mentes semejantes a las de una computadora.

Todo esto tiene relación directa con el «llamado» al ministerio del Evangelio. Aquellos que son llamados, son llamados por el Padre, y ese llamado se refleja en que Él concede los dones requeridos para el ministerio. Identificar esos dones implica una reflexión *personal y comunal* sobre ti mismo. Debes examinar con profundidad y honestidad lo que la Escritura requiere de un pastor. Lee cuidadosamente 1-2Timoteo y Tito para tener una buena idea de los requisitos. Luego, con la ayuda de hermanos y hermanas en Cristo que sean honestos, haz una lista:

- Sé honesto sobre tus habilidades *intelectuales*. Si no pudiste estar a la altura en la universidad, o eres incapaz de dominar los idiomas bíblicos, piénsalo bien antes de embarcarte en el ministerio del evangelio. Los predicadores deben ser capaces de discernir los espíritus de la época, y también ser capaces de «interpretar rectamente la palabra de verdad» (2Ti 2:15). Eso exige habilidades analíticas y lingüísticas, así como la capacidad de comunicar los hallazgos de un cuidadoso estudio de forma clara.
- Examina tu *personalidad y temperamento*, y compáralos con el deber de un pastor a estar preparado «sea o no sea oportuno»

(2Ti 4:2). El ministerio es desafiante; Pablo puede observar la timidez de Timoteo y trata de aumentar su coraje con regularidad. Además, el ministerio debe ser un llamado en el que habrás de conocer y amar al pueblo de Dios. Una vez, un colega que estaba pensando en dejar el ministerio me dijo: «De verdad amo el ministerio. ¡Lo que sucede es que no me gusta la gente!»

- No descuides hacer un inventario *espiritual*: demasiados de los que llegan al púlpito lo hacen como terapia para sus propias dudas, por un deseo de descubrir la verdad de su propia salvación, para aliviar su propia culpa, o porque creen que el ministerio es una entrada garantizada para la gloria. A riesgo de sonar obvio, ¡mantente fuera del ministerio si no estás convencido de la verdad del evangelio! Me sorprende ver predicadores que suben al púlpito y abren una Biblia cuya infalibilidad e inspiración dudan abiertamente. Si no crees lo que predicas, ¡no prediques!

También confesamos con fe a la segunda Persona de la Trinidad: Jesucristo, el Hijo de Dios y Señor de la iglesia. Con esto queremos decir que Dios, no solo ofreció a su Hijo como expiación por nuestros pecados, sino que además nos recibe por gracia en la comunión de la iglesia de su Hijo. La Novia y el Novio son inseparables. Nuestra unidad con la cabeza toma una forma concreta en la iglesia de Jesús.

Esto también influye en la comprensión del llamado. Si Dios te llama al ministerio de la Palabra, escucharás su llamado, al menos en parte, a través de la voz de la iglesia, la Esposa de su Hijo. En el Antiguo Testamento, los profetas (como Samuel) fueron informados directamente por el Señor acerca de a quién ungir como rey o profeta. En el Nuevo Testamento, la iglesia está involucrada en el proceso. Si la iglesia del Dios viviente no confirma la evaluación que has hecho de ti mismo, tus habilidades personales no importan. No has sido aprobado.

¿Cómo? En primer lugar, de acuerdo con 1 Timoteo 3, se espera que la iglesia ponga a prueba a los hombres para ser ancianos o diáconos, utilizando estándares muy ponderados con el *historial* y los requisitos de *carácter*. En segundo lugar, la iglesia «llama» a aquellos que ha puesto a prueba y cree que están equipados.

Esto no restringe a nadie del servicio cristiano. Todos los creyentes están llamados a servir al Rey, a vivir la vida «en el estrado de los testigos», dando testimonio de su evangelio. No obstante, solo aquellos que cumplen con los estándares requeridos para el cargo pueden ser llamados y comisionados para ser heraldos suyos.

Por tanto, debes pasar por «la comprobación de la iglesia».

- ¿Eres un miembro fiel de una iglesia que cree en la Biblia, alguien que está bajo el cuidado de los ancianos de esa iglesia?
- ¿Te alientan los ancianos a seguir el ministerio del evangelio?
- ¿Creen tus compañeros creyentes que tienes los dones, habilidades y devoción que se requiere para servir?

En tercer lugar, confesamos a Dios Espíritu Santo. Además del Padre que equipa, y el Hijo, que da voz a su llamado por medio de su iglesia, creemos que Dios Espíritu Santo despierta en el corazón del hombre un sentimiento de compulsión espiritual, al cual algunos se han referido como «unción divina». Pablo hizo una buena descripción:

... cuando predico el evangelio, no tengo de qué enorgullecerme, ya que estoy bajo la obligación de hacerlo. ¡Ay de mí si no predico el evangelio! (1Co 9:16).

Creo de todo corazón que, a menos que no estés atrapado por esa unción divina, no debes predicar. Lo digo en serio. A menos que estés constreñido por el Espíritu, a menos que Él llene tu corazón con urgencia y deseo, no tienes la comisión. La iglesia del Señor

necesita predicadores que sientan el fuego y la compulsión del profeta, el fuego ardiendo en las entrañas por el Espíritu, que da una resolución de acero para afrontar los días duros de la obra del evangelio. Un hombre no puede predicar la palabra dadora de vida del Señor a menos que el Espíritu Santo la ponga en su boca. Pero si el Espíritu enciende a ese hombre, ese fuego no se agotará. ¡Es inextinguible!

En definitiva, el «llamado a predicar» no es algo indefinido y sin forma. Puedes estar seguro de haber sido llamado por Dios si:

1. El Padre te ha preparado con los dones intelectuales y espirituales requeridos, y
2. la iglesia del Señor confirma tu evaluación basándose en su conocimiento y observación de tu carácter, fe y vida, y
3. sientes dentro de tu corazón el mover del Espíritu de Dios, constriñéndote mediante su divina influencia, de forma que no puedas vivir sin seguir su dirección.

Espero que algunos de los que leáis este ensayo lleguéis a saber que habéis sido llamados por Dios al ministerio de la predicación. ¡La ofensiva del evangelio necesita hombres como tú! Que Dios provea para cada una de tus necesidades y te dirija al llamado que Él elija.

También espero que, al leer estas palabras, otros puedan convencerse de que no han sido llamados a predicar. Luchar con el «llamado» resulta agonizante en ocasiones; llegar a saber que Dios prefiere utilizarte en otro valioso ministerio dará paz a tu corazón.

Para todos, ya sean llamados o no a predicar, elevo esta oración de los apóstoles a nuestro Dios y Padre: «Ahora, Señor... concede a tus siervos el proclamar tu palabra sin temor alguno...» (Hechos 4:29).

Educación en el seminario: ¿Cómo y por qué?

Muchos hombres en Norteamérica, que aman profundamente al Señor, que creen estar llamados al ministerio del Evangelio y quieren ofrecerse a su servicio, terminan desviándose de una búsqueda activa porque les intimida la idea de tres o cuatro años de educación en el seminario después de haber pasado ya por los rigores de la universidad. Puede que seas uno de ellos.

Cuando escribí esta monografía por primera vez, lo hice suponiendo que la norma para la educación de pastores y predicadores era graduarse en un seminario norteamericano. Esta suposición se ha visto corregida después, al verme expuesto a un panorama más amplio. He podido saber que el 90% de los pastores y predicadores que existen en el mundo, no han recibido mayor educación para el ministerio del evangelio que un rudimentario discipulado. La iglesia a la que sirvo actualmente apoya activamente a ministerios que tratan de desarrollar sistemas de entrega para capacitar pastores. Uno de los sistemas más prometedores se transmite por medio del omnipresente teléfono móvil. ¿Te sorprende? No debería; el tipo de capacitación que se ofrece en los seminarios de posgrado en América del Norte está más allá de lo que puedan soñar la mayoría de los pastores en el mundo, y probablemente, también más allá de su capacidad.

Por ejemplo, en China, donde el movimiento de las iglesias en las casas creció desde unas pocas personas perseguidas en 1976 a la estimación de unos 125 millones en la primera década del siglo XXI, la capacitación en seminarios, tal como yo la había conocido y experimentado, no existe. Al saber esto, me vi obligado a lidiar con la pregunta de si los seminarios, tal y como los definimos, son verdaderamente necesarios.

He llegado a la conclusión de que la capacitación en seminarios es una gran bendición (ciertamente en Norteamérica lo es), y debemos apreciarla. Pero ha de perfeccionarse; debe crecer para poder servir las necesidades específicas que tiene la misión de Dios

en nuestros tiempos. Estamos llamados a ministrar el evangelio a una cultura altamente articulada, bien educada, influenciada culturalmente, y tan pagana como el mundo de los siglos I y II a los que fue enviada la iglesia primitiva. Sin embargo, la mayoría de las iglesias en Occidente, y la mayoría de sus seminarios, han enfocado la educación con el objetivo de preparar a los estudiantes para tratar con distintas expresiones de la cristiandad, pero no tanto para tratar con el neopaganismo actual. Hemos enseñado a los estudiantes por qué por un lado disputamos con el catolicismo romano, y por otro con el arminianismo. Hemos criticado el movimiento carismático y el pentecostalismo, y expuesto a las sectas. Pero quedamos aturdidos y en silencio al vernos ante toda una generación de personas que crecieron en la iglesia, y han optado por marcharse.

Ministrar el evangelio a la cultura pagana y post-cristiana de hoy es algo diferente, y se requieren nuevas habilidades teológicas y escriturales. Permite que te dé un ejemplo: para entablar un buen diálogo con incrédulos altamente inteligentes, ya no podemos dar por sentada una «metanarrativa» común, es decir, no podemos dar por hecho en ellos un conocimiento básico de la trama general de la historia redentora de Dios. Tendremos que argumentarla, narrarla con habilidad, convertirnos en maestros y defensores de la ella. Enseñar teología sigue siendo importante, pero en ausencia del marco narrativo redentor de la Biblia, la teología no tiene sentido, sonará como charlatanería de iglesia, jerga religiosa irrelevante que la gente no religiosa encontrará ofensiva.

Se necesitan nuevas habilidades pastorales. Predicar la Palabra de Dios en una cultura así exige matices evangelísticos y apoloéticos que no eran necesarios hace tan solo algunas décadas. Del mismo modo, el cuidado de creyentes que viven sus vidas en un contexto individualista y no pactual exige estrategias pastorales que nunca fueron necesarias.

Todos estos factores me han convencido de que, hoy en día, la formación en los seminarios es más urgente que nunca. También me han convencido de que la formación en el seminario debería estar fuertemente afirmada en el inmutable evangelio, pero, aun así, ser

lo suficientemente flexible como para preparar a los estudiantes para adaptar sus estrategias y estilos ministeriales de forma que puedan avanzar la misión de Dios en tiempos como en los que vivimos.

Echemos un vistazo a la evidencia bíblica que debería dar forma a esta educación. El mejor lugar para empezar son las cartas de Pablo a Timoteo.

El apóstol Pablo argumenta que la formación pastoral fluye de dos mandatos que están estrechamente relacionados. Son las responsabilidades gemelas de *preservar* la verdadera doctrina y *predicar y enseñar la palabra de Dios*. Estas dos cosas nos proporcionan una buena visión de los requisitos básicos de un plan de estudios de seminario.

En primer lugar, el pastor ha de ser un siervo que *preserva* la verdadera doctrina de Cristo, y enseña a la iglesia a hacer lo mismo. Los primeros tres capítulos de 1 Timoteo son enunciados doctrinales claros y potentes, dados para que «sepas cómo hay que portarse en la casa de Dios, que es la iglesia del Dios viviente, columna y fundamento de la verdad» (3:15). La Iglesia y la verdad están inseparablemente unidas: la doctrina está en el centro de la vida de la iglesia; ¡la iglesia existe para proclamarla!

Luego, en el capítulo 4, Pablo se muestra más preciso en sus instrucciones hacia este joven pastor, describiendo la apostasía y el engaño que caracterizarán a los «últimos tiempos» (los nuestros) y luego dice, repitiendo para enfatizar:

Si enseñas *estas cosas* a los hermanos, serás un buen servidor de Cristo Jesús, nutrido con las verdades de la fe y de la buena enseñanza que paso a paso has seguido (v. 6).

Encarga y enseña *estas cosas* (v. 11).

Ten cuidado de tu conducta y de tu enseñanza. Persevera en todo ello, porque así te salvarás a ti mismo y a los que te escuchen (v. 16).

Lo que el apóstol está diciendo debería estar claro. La supervivencia del pueblo de Dios en tiempos de gran impiedad, cuando «algunos abandonarán la fe para seguir a inspiraciones engañosas», depende de que los líderes pastorales se aferren a las doctrinas y verdades que se les enseñaron y que deben transmitir.

La doctrina importa. Sin ortodoxia (lit. *doctrina correcta*), la vida se edifica sobre bases inestables. Sin una sana doctrina, el vivir la vida cristiana degenera en impiedad. Es la doctrina la que da su raíz al árbol, la que da los cimientos al edificio y la vida al cuerpo.

En 2Timoteo encontramos el mismo tono. En el capítulo 1, Pablo se autodenomina «heraldo, apóstol y maestro» del evangelio. Es este evangelio del que habla cuando dice a Timoteo «sigue el ejemplo de la sana doctrina», y cuando le encarga «cuida la preciosa enseñanza que se te ha confiado» (vv. 13-14). El apóstol está usando dos metáforas aquí. Por un lado, Timoteo debe guardar y preservar las doctrinas bíblicas porque proporcionan el modelo, ejemplo, y estándar por los cuales deben probarse toda la verdad y la vida. Para construir un edificio, se utiliza un plano. Si no es fiable, el edificio estará mal formado. Pero si es un estándar preciso y si se sigue correctamente, la construcción llegará a buen puerto.

Por otro lado, Timoteo debe cuidar «la preciosa enseñanza que se te ha confiado». Esta metáfora sugiere que la historia bíblica (la meta narrativa que sirve como componente base de una cosmovisión), la fe y la doctrina forman el conjunto de la herencia confiada a los fieles. Timoteo en aquel tiempo, y las iglesias y seminarios en este, son responsables de salvaguardar esta sagrada herencia.

Por tanto, el requisito principal para formar pastores fieles y también el primero y esencial en unos estudios de seminario obedientes a la Biblia, es la fidelidad a la enseñanza bíblica. Esta declaración jamás ha sido más urgente que en nuestra generación relativista, una era en la que se dice que lo verdadero y lo falso, lo correcto y lo incorrecto, «dependen de tu punto de vista», una era en la que se considera arrogante pensar que la verdad bíblica es absoluta, que es una verdad que se aplica a los demás tanto como a ti mismo.

Sin embargo, además de preservar la doctrina ortodoxa, un seminario debe ser una escuela que forme para el oficio, desarrollando y agudizando habilidades que capaciten a los estudiantes para el ministerio. No se trata tan solo de afirmar, preservar, guardar y mantener las doctrinas del evangelio; también han de ser transmitidas, proclamadas con efectividad y aplicadas con habilidad a la vida y fe de la comunidad de los creyentes y a su mundo.

En 1 Timoteo 4:12-16, Pablo detalla para Timoteo, que es joven y probablemente tímido acerca de su llamado, cómo debe comunicar el evangelio: «En tanto que llego, dedícate a la lectura pública de las Escrituras, y a enseñar y animar a los hermanos». Este versículo identifica la Escritura con el contenido de la verdad, y conecta el texto de la Escritura (de lo que se lee en público) con la *práctica* de predicar/enseñar la verdad.

Por ello, no es sorprendente que en la segunda carta de Pablo a Timoteo encontremos que el predicador se caracteriza «como obrero [trabajador]... que interpreta rectamente la palabra de verdad» (2:15). Esta metáfora está describiendo al predicador como un albañil que construye sobre los cimientos usando como herramientas las palabras de la Escritura. Cuando las maneja bien, tal y como se le ha enseñado, edifica correctamente a los discípulos de Dios.

Timoteo también debe desarrollar habilidades de combate, empuñando la Escritura como arma poderosa porque es «inspirada por Dios y útil para enseñar, para reprender, para corregir y para instruir en la justicia» (3:16).

Este conocimiento y diestro uso de la Escritura es la norma para las maneras adicionales en las que un seminario debe estructurar su plan educativo.

- Pablo le ordena a Timoteo que «enseñe» la Escritura (2Ti 2:24; 3:16; véase 2Ti 4:11). El aspirante a predicador/maestro debe saber cómo enseñar. Ha de ser capaz de establecer el rumbo para el pueblo de Dios tanto en la doctrina como en la vida «con mucha paciencia, sin

dejar de enseñar» (4:2). Eso significa que debe estar formado y volverse hábil en comunicar el «qué» y el «cómo» de la fe y la vida cristiana.

- Pablo le ordena a Timoteo que corrija, reprenda y anime, recordándole que la Escritura es de provecho para ello. En pocas palabras, los predicadores deben aprender a «aconsejar». Esto no se refiere a la psicología humanista moderna, basada en valores seculares; significa que deben aprender a aplicar la Escritura para corregir a los que se equivocan, reprender a los pecadores, y animar a los débiles y apocados.
- Pablo ordena a Timoteo: «predica la palabra» (4:2). Como vimos anteriormente, este mandamiento está en el corazón mismo de la estrategia redentora de Dios. En consecuencia, el formar hombres para que prediquen debería ser algo primordial en el plan de estudios de un seminario, debería ser el pulso que corre por las venas de cada curso. Además, Pablo especifica que Timoteo debe predicar *la Palabra*. Así pues, los seminarios deberían enseñar una predicación gobernada textualmente y organizada temáticamente, y los aspirantes a predicadores deberían aprenderla. Este tipo de predicación es el que atrapa al corazón y despierta el alma para la acción.
- Pablo instruye a Timoteo «sé sobrio en todo, soporta las aflicciones... cumple tu ministerio» (4:5 RVR1960), lo cual requiere un dominio propio espiritual fruto de una vibrante fe personal. Debe creer en las cosas profundas del Señor, seguir a Pablo en el amor a Cristo, y pelear la buena batalla. Todo aspirante a predicador debe desarrollar y evidenciar estas cualidades espirituales de madurez y perseverancia, vivir lleno del Espíritu (Ef 5:18), no tratando nunca de hacer la obra del ministerio en las fuerzas de la carne. De

acuerdo con esto, es necesario que el seminario sea un invernadero espiritual, que nutre la vitalidad espiritual personal, la oración y la sabiduría de sus estudiantes. Aunque pueda sonar obvio, son demasiados los estudiantes que testifican que la carrera en el seminario es una difícil prueba espiritual. He oído hablar de seminarios en los que falta una actitud devocional, donde la Biblia es tratada solo como un recurso académico y la vida de oración sufre, donde el amor por la iglesia del Señor se desvanece. Estas escuelas son desiertos, no invernaderos; marchitan la planta de la fe desde sus raíces. Evita esos lugares como si fueran una plaga.

- Pablo encarga a Timoteo hacer «obra de evangelista», lo cual supone dos responsabilidades relacionadas. En primer lugar, un aspirante a predicador debe trabajar diligentemente por la salvación de las almas, estar guiado por una pasión por los perdidos. El seminario debe enseñarle a llamar al arrepentimiento y a la fe, no solo a hacer invitaciones para ir a la iglesia, y formarlo a fondo acerca de cómo hacerlo. En segundo lugar, debe arder con el deseo de que Cristo transforme la cultura al completo (los poderes, las instituciones y las ideas) con el evangelio. Así, el plan de estudios debe proporcionar una formación conceptual más amplia, utilizando la palabra de Dios para dar forma a una visión holística del mundo y, al mismo tiempo, «[Destruir] argumentos y toda altivez que se levanta contra el conocimiento de Dios», de forma que, audazmente, podamos «[llevar] cautivo todo pensamiento para que se someta a Cristo» (2Co 10:5).

Hoy los planes de estudio son barreras en lugar de vehículos para un ministerio eficaz de predicación del evangelio, ya que muchos de ellos han elegido convertirse en escuelas teológicas de postgrado, en lugar de en herramientas para formar predicadores que encajen con

las instrucciones de Pablo a Timoteo. Por lo anteriormente escrito, debería quedar claro que no me opongo a lo académico, todo lo contrario, la capacidad académica es uno de los criterios que sugerí como punto de referencia para evaluar tu llamado. Sin embargo, los caminos de una escuela diseñada para estudios de posgrado teológicos y una pensada para capacitar y equipar a los predicadores para el ministerio del evangelio en este mundo neopagano, marchan separados. Además, entre las escuelas que tratan de hacer lo segundo, existe una diferencia de opinión acerca de lo que implica dicha capacitación. Los puntos que he enfatizado en estas páginas deberían permitirte distinguir los tipos, y entre ellos, identificar la dirección y enfoque de una institución particular.

Confío en haber dejado dos cosas claras en este capítulo: en primer lugar, que la formación del seminario es urgente para aquellos que predicarán el evangelio, y, en segundo lugar, que esta formación ha de estar diseñada de acuerdo con los patrones y énfasis de las Epístolas Pastorales. Espero haberte convencido de lo primero, y haber definido lo segundo a grandes rasgos.

Que el Señor te conceda claridad de mente y de corazón al meditar en oración, y, si Él te ha escogido para predicar su Palabra redentora, te encamine a una escuela que te prepare para ser un siervo fiel del gran evangelio de Dios.